

# ¿OSADÍA TEÓRICO-HIPOTÉTICA DE CH. DUVERGER O CULTURALISMO ETNICISTA?: EL CASO DE LA PERIODIZACIÓN MESOAMERICANA Y LAS CAUSAS DE LAS DERROTA MEXICA

Miguel Ángel Adame Cerón

Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH

---

## Presentación

El etnohistoriador Christian Duverger se dio a conocer exitosamente en México con su libro “La Flor Letal”<sup>1</sup>, una investigación teórico-hipotética (investigativa) sobre la dinámica sacrificial mexicana (como sociedad nahua) que perfiló una generalización hacia el conjunto de sociedades mesoamericanas. Allí –según nuestra opinión- su atrevida hipótesis sobre el cuasi obsesivo interés antro-po-cosmovisionario (de núcleo cultural) por mantener el relativo equilibrio del cosmos (macro, meso y micro) de esta sociedad dominante nahua del periodo final de la historia mesoamericana, mantuvo una cierta congruencia y correlación con la vida socioeconómica de dicha sociedad y del conjunto de sociedades mesoamericanas de su época. Sin embargo en dos de sus posteriores libros: *Mesoamérica: arte y antropología* y *El primer mestizaje* (que de hecho, a pesar del cambio de nombres, es el mismo texto editado en dos formatos de lujo diferentes por Conaculta en coedición con otras editoriales institucionales), su afán teórico-hipotético “innovador” muestra excesos y evidencia su perspectiva culturalista respecto al entendimiento de la historia prehispánica mesoamericana y respecto a la situación concreta del triunfo conquistador-colonizador de los españoles sobre los indígenas mesoamericanos, específicamente sobre los mexicas. No se trata

1 “Economía del sacrificio azteca”, Fondo de Cultura Económica, México, 1983.

solamente de su lenguaje constantemente grandilocuente al querer, por ejemplo, “replantear completamente la problemática del espacio y del tiempo en mesoamérica”, o señalar que las causas señaladas por otros autores (armamentistas, militaristas, epidemiológicas, etc.,) “no bastan para explicar” la derrota mexicana en tan poco tiempo, etc. Sino que su osadía hipotética exacerbada tiene que ver con su postura culturalista, etnicista, exageradamente subjetivista y autocomplaciente sobre sus propias investigaciones-hipotéticas (por ejemplo la falta de un verdadero diálogo y debate con la arqueología, la antropología y la historiografía y sus representantes colegas). En este texto discutimos dos casos ejemplares contenidos en Mesoamérica-Primer mestizaje; dichos temas, por cierto, tienen una larga data de discusiones y confrontaciones entre corrientes diversas: en primer lugar, su propuesta de cronología-periodización basada en componentes étnicos sobrevalorados, específicamente el papel de los nahuas en la historia mesoamericana y su hipótesis del “primer mestizaje”; y, en segundo lugar, su propuesta para explicar la derrota de los mexicas (el triunfo de Cortés y sus huestes) y el origen del “segundo mestizaje”.

## **Primera Parte: Nahuatlidad mesoamericana y “neutralidad” periodizadora**

### *La llamada “hipótesis nahua”*

Christian Duverger reconoce 3 familias lingüísticas principales: los otomangues, los macromayas, los yutoaztecas y otras familias secundarias. Sin embargo, son los yutoaztecas en los que enfoca su interés; ellos tuvieron -en la época prehispánica- en el norte (aridoamérica y oasisamérica y sus fronteras) más de 100 lenguas, mientras en el sur (Mesoamérica) una sola con variantes dialectales.

Para él los nahuas serían los yutoaztecas que se sedentarizan. Su conversión sedentaria y su presencia en el sur –según él– no es de 800 o 900 d. C en el inicio de la época tolteca, sino que es desde el inicio de la época olmeca, tal vez o si se quiere como *protonahuas*, hacia 1500-1200 a.c. (y en el norte desde 3,500 años antes de Cristo). En *Mesoamérica* (2000) y en *Primer mestizaje* (2007) va claramente



más allá cuando asocia olmequidad y nahuatlidad a partir de señalar que el mapa etnolingüístico de la época V (antes de la conquista) los nahuas estaban presentes de manera ampliada en esas regiones. Ignora mapas de la época olmeca donde los protonahuas (yutoaztecas) son minoritarios o no existen en esas regiones centrales olmecas (véase mapas 1 y 2 del lingüista Leonardo Manrique).

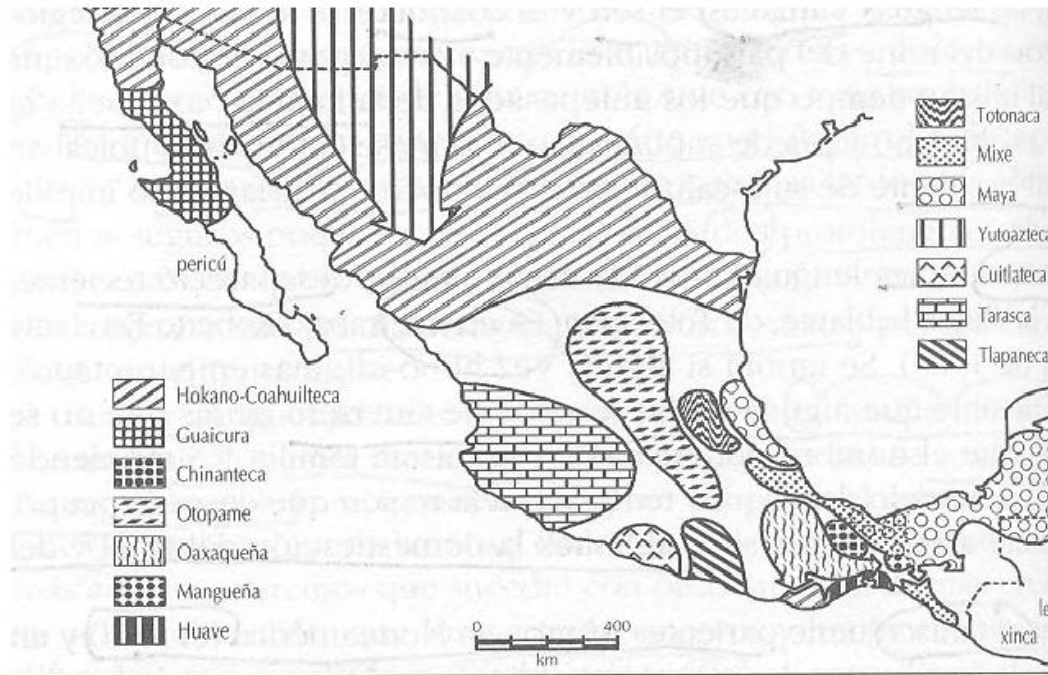


Figura 3. Mapa de ubicación probable de las familias lingüísticas hacia 1500 a.C.

**Mapa 1:** Los yutoaztecas hacia el inicio del periodo “Olmeca” apenas cruzan el territorio de lo actualmente es México. *Fuente:* Leonardo Manrique, 2000:68.

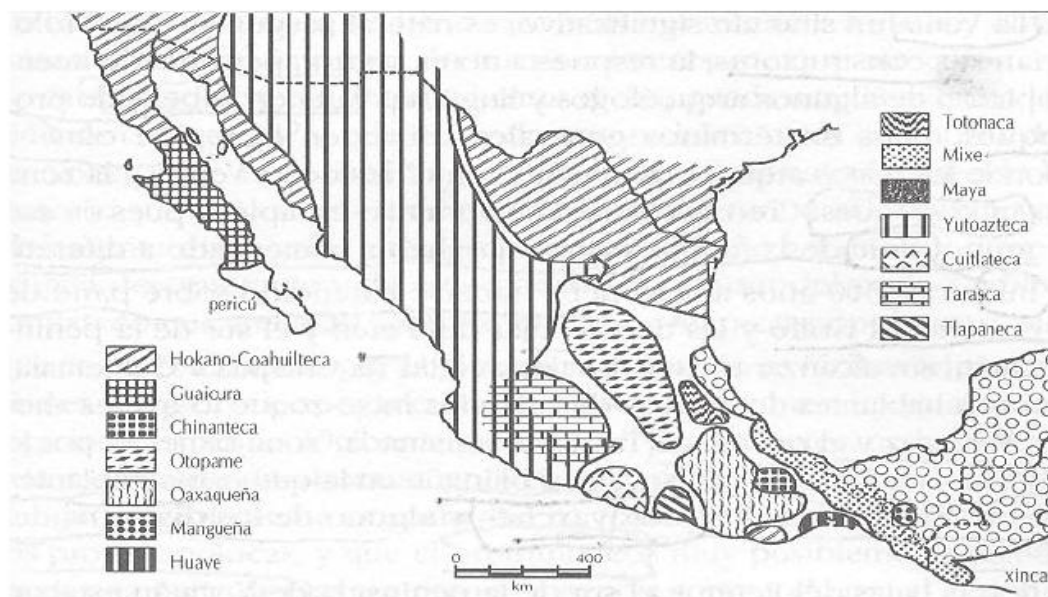


Figura 4. Mapa de ubicación probable de las familias lingüísticas hacia 600 a.C.

**Mapa 2:** Los yutoaztecas hacia el final del periodo “Olmeca” se expanden hacia la región norte-occidental del territorio de lo actualmente es México. *Fuente:* Leonardo Manrique, 2000:69.

Dice Christian Duverger que aunque en esta época olmeca y en las que siguen, existe la pluriétnicidad, a partir de este momento los “valores” y estilos nahuas se imponen, predominan y articulan esta época (sólo en la época IV pierden fuerza) sin anular los locales sino dándoles su debida “importancia”, integrándolos. Así el arte olmeca emanaría de los primeros nahuas mesoamericanos.

La matriz nahua del Altiplano central funcionará como motor de integración cultural, de unidad y cemento cultural doble: 1) para los nahuas y 2) para Mesoamérica. En Mesoamérica no hay otros yutoaztecas lo que –dice– lleva a la hipótesis e ideas inéditas “que violentan la tradición académica”: por ejemplo, plantear el vínculo y la adecuación entre nahuatlidad, sedentarismo y mesoamericanidad (2007, p. 31). “Yo considero a los nahuas como los fundadores de Mesoamérica y como los principales actores de su evolución a todo lo largo de sus cerca de tres mil años de historia” (o de monopolio nahua en Mesoamérica, p. 32). Los nahuas están presentes en toda Mesoamérica, a veces como mayoría demográfica, a veces como minoría dominante y a veces como minoría influyente: “Gracias a ellos, el México prehispánico se convertiría en ese crisol cultural que hoy se llama Mesoamérica: los particularismos culturales no fueron aniquilados, sino engastados en el molde del pensamiento nahua sobrepuesto a las tradiciones ancestrales” (2000, p. 33).

Además “los nahuas son los únicos [mesoamericanos] que participan de los dos sistemas culturales que se yuxtaponen allí” (2007, p. 32). Por ello habla de una dialéctica del nomadismo y el sedentarismo, dice que están incorporados a ambos medios, tienen una cultura y una actitud mental de nómadas pero también dominan por entero las reglas del sedentarismo. Oscilan entre los dos polos, pero según Duverger, padecen una propensión duradera (porque se retroalimentaron de las constantes absorciones de grupos yutoaztecas seminómadas migrantes del norte) a la diseminación, a la fisiparidad, a la escisión o separación de la estructura del grupo madre para “proseguir su camino” y/o “fundar otra ciudad”.



Esto debido a que experimentan, según Duverger, “una secreta nostalgia de los tiempos de migración o una indecible pulsión, producto de un atavismo lejano” (2000, p. 32).

Desde nuestro punto de vista dicha perspectiva de Duverger magnifica el papel de los nahuas presentándolos como “superprotagonistas” de la historia mesoamericana. Coincido en este sentido con Federico Navarrete (2001), de que se trata de un enfoque que reproduce y alimenta los nacionalismos etnocentristas, en este caso el mexicano:

Al defender a rajatabla la identificación entre el grupo étnico nahua y la civilización mesoamericana, Duverger aplica un cartabón proveniente de las historias nacionalistas modernas que suelen identificar a los pobladores de un territorio nacional con un grupo étnico primordial y proceden a narrar teleológicamente el necesario ascenso de este grupo al dominio estatal. La interpretación de Duverger coincide también con las historiografías nacionalistas tradicionales en su obsesión por el poder y el dominio; y su atribución a los nahuas, en particular a los aztecas, de una voluntad centralizadora y unificadora de carácter casi nacional. En suma, Duverger pretende convertir a Mesoamérica en una especie de nación nahua, y a ésta en un antecedente de la nación mexicana.

Además su postura es múltiplemente equívoca por las siguientes razones:

1) Las características de “fisiparidad” que quiere presentar Duverger como exclusivas de los nahuas, en realidad, son comunes a muchos grupos étnico-culturales de la historia humana. En la historia mesoamericana a diversos de estos grupos, principalmente a los que experimentaron situaciones peculiares, como las fronterizas, de presión territorial-político-militar o de crecimiento o expansión; obviamente no se debe a factores fundamentalmente “pulsionales” sino principalmente a factores de la dinámica histórica concreta, como son los factores geoeconómicos, ecológicos y demográficos (Adame, 1988); por ejemplo grupos mayas ante situaciones críticas constantemente se fisionaron, se desplazaron y fundaron nuevos asentamientos (así se explica que pudieron ocupar todo el territorio peninsular).

2) Tampoco la situación de oscilación nomadismo-sedentarismo fue para nada “exclusiva” de los nahuas en la historia mexicana

pues tenemos diversos casos documentados de otros grupos que manejaron, se readaptaron y se reconvirtieron constantemente a los dos patrones de vida o modos de subsistencia y no sólo modos “culturales” (como dice Duverger); por ejemplo: los grupos otomíes o ñañhus y los mismísimos purépechas o tarascos (enemigos invencibles de los mexicas).

3) Existe una confusión garrafal en su concepción de la dialéctica nomadismo-sedentarismo. Concibe al sedentarismo con fijismo y a los desplazamientos y migraciones de los sedentarios con nomadismo, porque no los ve como modos de vida y de producción, sino solo como supuestas formas de movilidad o no movilidad. Los sedentarios (y eso lo vemos hoy día claramente con las migraciones regionales, nacionales e internacionales) bajo determinadas circunstancias críticas, de crecimiento-expansión, de reacomodo habitacional o de colonización, se desplazan y se reubican, pero no necesariamente para adoptar modo de vida nómada (aunque se llegan a dar casos que sí, pero eso sería una conversión de patrón de subsistencia), sino para responder a necesidades y situaciones de la propia dinámica de la vida sedentaria.

## **Mesoamérica**

Christian Duverger concibe a Mesoamérica esencialmente como “lógica y dialéctica de unidad y heterogeneidad” debido a que: 1) se comparte un mismo universo de creencias, ritos y saberes; 2) los grupos comparten un mismo modo de vida: el sedentario; 3) se comparte un mismo tipo de organización social y política; 4) existe una heterogeneidad lingüística, artística y cultural (más de 200 lenguas y dialectos distintos).

Para este autor Mesoamérica es una entidad fundamentalmente cultural, su integración (unidad territorial y continuidad cronológica) es gracias a la nahuatlidad: “El componente nahua creció y se enriqueció con rasgos no nahuas, al absorberlos, integrarlos y fusionarlos para crear una base cultural común” (2000, p.35).

Según él la totalidad de los rasgos seleccionados por el fundador del concepto de Mesoamérica, Paul Kirchhoff, “no dan cuenta del espíritu mesoamericano, no captan su originalidad intrínseca” (pero



no argumenta por qué). Propone por su parte una definición *cultural* intentando describir sus elementos comunes y permanentes. O sea, en realidad se trata de una postura culturalista idealista, él la nombra como de “dimensión esencialmente espiritual” o simbólica, religiosa e ideológica, priorizando los elementos culturales y secundariamente los políticos y dejando marginados y camuflados los económico-materiales. Él justifica su postura (o la “envuelve” curándose en salud) señalando que se trata de la misma actitud de los mesoamericanos ante su existencia, afirma que para los mesoamericanos: “la idea que los hombres se hacen del mundo es más importante que la realidad” (2000, p. 36).

Veamos su enlistado de 11 rasgos o características: a) calendario de 260 días, b) escritura glífica (pictográfico-icónica); c) ofrendas a la tierra para cosmizar, consagrar y organizar el territorio; d) sacrificios humanos y sus implicaciones sociales, políticas y religiosas; e) politeísmo; f) sistema dualista de pensamiento para representar el movimiento del universo y generar conocimiento y poder; g) el espacio-tiempo simbólico; h) territorio y centros ceremoniales; i) el viaje al más allá “post mortem”; j) arte político-religioso; k) organización material como modo de organización sociopolítica de sociedades jerarquizadas basadas en el maíz y la agricultura.

## **Periodización**

Respecto a este punto Duverger se lanza contra la visión cataclísmica del mundo mesoamericano que concibe la cronología en términos de rupturas (destrucciones violentas: rebeliones, invasiones, desastres naturales como erupciones, etc.), que le concede más importancia a los cambios o discontinuidades que a las continuidades o permanencias, pues diferencian recortadamente las etapas. Enfatiza –por su parte– que las etapas generales no son uniformes u homogéneas pues hay muchas variaciones según los lugares, hay muchas fluctuaciones de los fines e inicios de los periodos.

Está en contra de la clasificación tripartita (preclásico-clásico-posclásico) basada en una visión occidentalocéntrica del mundo antiguo griego y que se traslada en Mesoamérica al caso de los mayas con sus momentos de esplendor.

Esta visión cataclísmica, homogeneizante y tripartita –acusa– ha llevado a tener que introducir subfases de transición que a veces duran más que las propias fases en muchas zonas y regiones como el “protoclásico” y el “epiclásico”. Dado que “los datos actuales disponibles”, datos que él no expone, conducen a la continuidad, se inclina por el énfasis a la evolución continua y no a la sucesión de periodos distintos. Igualmente plantea una supuesta periodificación “neutral” o signada deliberadamente neutra a la hora de ubicar los periodos o “épocas”. Respecto a la evolución continua (aunque no unívoca) a Duverger le parece que es el enfoque adecuado por lo siguiente: traduce la difusión de la nahuatlidad, muestra la rivalidad entre tierras calientes y altiplanos, se aprecia la mesoamericanización de los mayas y el aumento de la presión demográfica a principios de cada periodo (2007, p. 119). Su propuesta –según él– es más lógica, comprensible, neutral y adecuada a las continuidades mesoamericanas. En el libro del *primer mestizaje* plantea más factores a considerar: continuidad, evoluciones en el tiempo, factores históricos, interacciones, rivalidades y ajustes fronterizos.

Su periodificación para Mesoamérica es la siguiente:

- Época I: El horizonte olmeca (1,200 a 5000 a.C)
- Época II: Los florecimientos regionales (500 a. C. a 200 a. C.)
- Época III: La Mesoamérica bipolar (Siglos III al IX)
- Época IV: El horizonte tolteca (Siglos IX al XIII)
- Época V: El horizonte azteca (Siglos XIV a la Conquista).

Veamos algunas observaciones críticas. En primer lugar, como nos podemos dar cuenta, esta periodización no es para nada neutra, las numeraciones cronológicamente crecientes de las épocas I a la V van seguidas inmediatamente de nombres o denominaciones que tratan de adjetivar el periodo. En segundo lugar, ello quiere decir que como cualquier propuesta de periodificación, está basada en criterios implícitos, que priorizan o dan mayor peso a ciertos factores o aspectos de la realidad sociocultural (véase Nalda, 1979, p. 52). En su propuesta concreta no están para nada claros ni argumentados, aunque él nos ha insistido en sus prioridades culturalistas, continuistas, supuestamente neutralistas y también macroregionales. Respecto a esto último Duverger menciona que su propuesta rompe



el cerrojo de los esquemas reductivistas o no macroregionales del siglo XIX. Pero –en tercer lugar– aquí el cuestionamiento es que nuestro autor no discute ni hace una evaluación (ni las cita) de las propuestas desarrolladas por otros autores durante todo el siglo XX. Según López Austin y López Luján (2002, pp. 14 y 15), las principales son planteadas por cerca de 30 autores y se concentran especialmente en las décadas que van de los 40 a los 80; no hay, mínimamente un balance de ellas para poder contrastar las supuestas bondades de su propuesta. En cuarto lugar, respecto a la cuestión de la dialéctica continuidad-discontinuidad, creo que no se puede descuidar ninguna de ellas. En toda periodificación hay cortes y continuidades, si bien el debate continuismo-discontinuidad es importante por el énfasis que cada autor da a los procesos; en todo modelo o propuesta de periodificación cronológica se establecen episodios de inicio y de conclusión, y para hacer esto se tienen que valorar los acontecimientos que marcan cada episodio y/o periodo. Es decir ¿por qué son significativos y por qué se seleccionan? En la propuesta de Duverger no se trata ni explícita ni implícitamente este asunto, pues lo da por supuesto sobre la base de que los cortes ya están establecidos, aunque los nombres sean objeto de disensión.

Sus criterios para nombrar cada época son confusos, sin embargo se colige por las argumentaciones que maneja Duverger en la hipótesis nahua, en su concepción de Mesoamérica y en su periodización, que ésta se construye para adecuar no sólo sus criterios, sino sus concepciones (o cómo él dice su *filosofía*, 2007, p. 18) que privilegian su culturalismo, su antimaterialismo o mejor su postura antieconómica, su etnicismo nahuatlaco (etnocéntrico) y su presunto continuismo ideológicamente neutralista pero en realidad un continuismo ultraprotagónico y cuasi unilateral del factor nahua.

Así para Duverger el primer mestizaje significa esencialmente mezcla nahua con no nahua. El segundo mestizaje significará, por tanto, esencialmente mezcla de español con no español.

## **Segunda Parte: Derrota mexicana y el tatarabuelo Cortés**

Duverger aborda el ya clásico tema de las causas de la derrota mexicana (más allá de la caída de todos los grupos mesoamericanos) a manos



de un puñado de soldados españoles. Nos recuerda su reducido número en relación a los habitantes nativos mexicas (500 o 600 soldados ibéricos contra ejércitos de 40 o 50 mil militares indígenas y más de 300 mil habitantes de Tenochtitlán) y de los diferentes pueblos: “Curiosamente, este puñado venció a los mexicanos que, aun diezmados por las epidemias, siempre fueron más numerosos que los españoles” (2007, p. 645). Además el derrumbe azteca fue de una brutal rapidez, en menos de dos años. Duverger no está de acuerdo con las explicaciones de la supuesta decadencia o agonía de la sociedad nahua debidas a sus excesos autoritarios, tampoco cree que las disensiones o rivalidades entre mexicas o nahuas y otros grupos hayan sido tan importantes o grandes para ser causa de la explicación de la rapidez de su estrepitosa caída. Pero quedan muchas más causas por sopesar y que han sido mencionadas por numerosos autores, él hace repaso de cada una de ellas. Sin embargo, ninguna de ellas es clave para descifrar dicha derrota, ni siquiera una combinación de dichos factores parece convencerle: a) desventajas o inferioridades materiales, técnicas y militares; b) las actitudes militaristas inadaptadas a la situación inédita presentada; c) causas (micro)biológicas y epidémicas; d) resignación, derrotismo y fatalismo mexicana por los presagios producto de sus creencias; e) preocupaciones y abatimientos de sus dirigentes (concretamente Moctezuma) porque conocían con antelación e indirectamente por avisos (reales y simbólicos) la llegada de los españoles (y por lo tanto de su poderío) en las Antillas, la Península de Yucatán y zonas aledañas.

Finalmente maneja la hipótesis de la diferencia “civilizatoria” entre españoles y mesoamericanos, pues: “Con los conquistadores, es todo el Viejo Mundo el que llega a las fronteras del poder mexicano. Y entonces, la máquina se agarrota y revela su impotencia. La fuerza del poder azteca es una fuerza de atracción, no de repulsión” (2007, p. 647). Y para poder salir realmente vencedores los mexicas y en general los mesoamericanos, dice: “los mexicanos habrían tenido que adueñarse del trono de Carlos V, de sus tierras y de su dios”. Y remata con una analogía o similitud histórica que para él va a ser nodal. “De repente, se invierte el movimiento que hace siglos llevó a los aztecas al poder: lo exterior cerca a lo interior. Arrastrado en



una dinámica inexorable. El mundo azteca se satelizará alrededor de la corona española” (*idem*). O sea, en estas tierras se vuelve a imponer la lógica de que lo que viene del exterior o de “otra parte” subordina a lo interior y de que las capacidades culturales (o civilizatorias) mayores finalmente imperan, aunque ahora se irrumpa con una rapidez inédita. Aquí, según vemos, aparece con nitidez la ruptura o la transformación, pero su postura continuista hace olvidar rápidamente la violencia y la destrucción implícita y explícita en el proceso militar, invasivo y conquistador. Antes de ver cómo resuelve esta contradicción conviene recordar que ha sido Tzvetan Todorov (1986) quien desde nuestra perspectiva, mejor ha manejado la hipótesis de la diferencia civilizatoria de los dos mundos, tratando de desarrollar una explicación y análisis cultural basado en planteamientos semióticos complejos, no simplistas sino entrelazados o articulados con elementos históricos, biológicos, políticos, económicos y sociales. La hipótesis de Todorov es cultural pero integral anudando aspectos semióticos y materiales aunque su peso es fundamentalmente semiótico (Adame, 199 ). Sin embargo, a diferencia de Todorov (a quien no cita a pesar que su texto es anterior y muy conocido en el medio académico) la postura de Duverger se inclina por lo simbólico-cultural pero con un manejo más simple. La situación de la derrota mexicana y del mundo mesoamericano, que evidentemente es cataclísmica e implica transformaciones violentas y no violentas profundas queda atenuada con el recurso de las bondades de lo que él llama “el mestizaje”, en este caso el *segundo mestizaje* (el de los españoles sobre los indios), que al igual que el primero de los nahuas hacia los no nahuas fue benéfico, continuista y preservador y, por ello, no destructivo, rupturista o impositivo avasallador. Llega a llamar este segundo mestizaje “neomesoamericano” (¡sic!). Su carta bajo la manga la expone aquí en la figura del mismísimo Hernán Cortés, pues según Duverger, Cortés encarna la idea y la práctica del mestizaje preservador sobre todo de los simbolismos indígenas. Encarna incluso el espíritu misionero, mendicante y evangelizador tolerante de ciertas idiosincrasias nativas. Se trata –afirma– de un “mestizaje cultural fulgurante” (2007, p. 649), por eso es que a partir de aquí su empresa intelectual investigativa será resituar, rehacer,



recomponer, la figura de Cortés hasta llevarla a convertirla en el paradigma del mestizaje civilizatorio continuista. Quedan con todo este realce, de lado, olvidados, ocultados, debilitados, menguados, etc., los actos y decisiones atroces, terribles y guerreras de Cortés y en buena medida, también, de otros conquistadores. He aquí su cita en *El primer mestizaje* (2007) en torno al papel de Cortés:

Pero Cortés está lejos de ser el hombre de saco y cuerda que describió una historia falaz... llega a México con una idea en la cabeza: el mestizaje. Por lo demás, la aplicará con su propia persona al vivir en concubinato con varias mujeres indígenas... y tener un hijo con cada una de ellas. Cortés no desea en modo alguno recrear en México una segunda España a expensas de los indios. Su proyecto —¿acaso es realmente quimérico?— es suscitar la emergencia de un nuevo mundo que reunirá lo mejor de las dos culturas, mediante la fusión de una Castilla despojada de sus atrasos medievales y de un mundo azteca liberado de la idolatría. Esto explica la política cortesiana de deferencia hacia las autoridades tradicionales, de respeto por los usos y costumbres indígenas, y de inserción en la historia prehispánica... le parece necesario conservar el simbolismo y sobreponer, según la tradición nahua. Neomesoamericano, Cortés le apuesta a la continuidad, no a la ruptura [...]. Su llamado a las órdenes mendicantes va en el mismo sentido. Para cristianizar a los indios, el capitán general de la Nueva España, rechaza cualquier idea de recurrir al clero secular... Los hermanos menores, que llegan desde 1524, obrarán con eficacia en favor de la protección de los indios, y se dedicarán a convertirlos, sin impedir que sigan siendo indios [...]; todo se hizo para que los indios se apropiaran del cristianismo importado. Así que no debe sorprender que haya nacido una religión sincrética: ni totalmente cristiana, ni totalmente pagana, ¡sino lo bastante ambigua como para que, en el mismo movimiento, la aceptaran tanto Roma como los indígenas! El mestizaje de sangres, muy tímido al principio, se dobló con un mestizaje cultural bastante fulgurante (pp. 648-649).

En suma, H. Cortés reemplaza y transpola el papel que tuvieron los nahuas en la historia mesoamericana, no se trata de una sustitución violenta o revolucionaria, sino una continuista con el primer mestizaje; pero ahora dicho proceso mestizador se amplía, se ensancha a nivel teórico y práctico, a nivel biológico y sociocultural y a nivel geográfico y territorial. Así que los mesoamericanos a fin de cuentas no perdieron culturalmente nada, ni tampoco fueron actores claves en el drama de la historia colonial; por el contrario ellos deberían decir: “¡gracias Cortés! habéis construido un proyecto mayor al mesoamericano acotado, uno interhemisférico y nacional”.



Con ello Christian Duverger convierte a Cortés en el tatarabuelo de la patria, su fundador único.

### **Bibliografía:**

ADAME Cerón Miguel Ángel (1988), “Sistema alimenticio y cultura ecológica: El Caso mexicana”. Tesis de Licenciatura en Etnología, Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH-SEP.

ADAME Cerón Miguel Ángel (2000), *La conquista de México en la mundialización epidémica*, Editorial Taller Abierto, México.

DUVERGER Chrstian (2000), *Mesoamérica arte y antropología*. Conaculta-Landucci editores, México.

DUVERGER Chrstian (2007), *El primer mestizaje*, Taurus, México.

LÓPEZ AUSTIN Alfredo y LÓPEZ LUJÁN Leonardo (2002), “La periodización de la historia mesoamericana”, en *Tiempo Mesoamericano* (2500 A. C-1521 D. C.), edición especial *Arqueología mexicana*, No. 11, pp. 6-15.

MANRIQUE Leonardo (2000), “Lingüística histórica”, en Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (Coords.), *Historia antigua de México*, Vol. 1, INAH-UNAM-Miguel Ángel Porrúa, pp. 53-93.

NALDA Enrique: “México prehispánico, origen y formación de las clases sociales”. Primera parte, pp. 49-178. En Enrique Semo (Coordinador), *México, un pueblo en la historia 1*, Universidad Autónoma de Puebla, Editorial Nueva Imagen, México.

NAVARRETE Federico (2001), “Mesoamérica, arte y antropología de Christian Duverger”, en *Letras Libres*, septiembre, en línea: <http://www.letraslibres.com/revista/libros/mesoamerica-arte-y-antropologia-de-christian-duverger>. Consulta: 24/11/2013.

TODOROV Tzvetan. (1986) *La Conquista de América, la cuestión del otro*, Siglo XXI editores, México, D.F.